

El Rapto

Cristina Correa



El Rapto

CRISTINA CORREA

Capítulo 1

Rapto

Las nubes se movían con el tiempo y el tiempo como el mar. Entre ellas vislumbraba una luz tan tenue como la de una vela que albergaba la más mínima de las posibilidades. Los borrones del cielo contrastaban con su inferior que parecían más bien de otra dimensión extraída de un recuerdo y ahora convertida en un sueño.

La preparatoria. Un lugar que parecía visitar constantemente su mente a causa de metas sin culminar, que pudieron haber cambiado su vida para siempre pero nunca lo hicieron. Caminó entre los pasillos con su aura noble, perfumada y sencilla de tratar. Saludó a quienes conocía con una sonrisa más resplandeciente que el cielo nublado que la vigilaba de muy cerca. Fresca, y carente de preocupaciones que navegaran más allá de las ansias que tenía como cualquier otro día, de ver a su novio de ensueño: Kevin. Desde el segundo piso, lo observó en las canchas.

Él era en pocas palabras: el ser más grande, idiota y sensible del planeta. No parecía tener interés alguno en reforzar sus pensamientos con ningún tipo de información y su pasatiempo favorito era jugar fútbol con sus amigos que, junto a él parecían termitas. Pero la idea de Kevin contenía una pasión secreta que la preparatoria entera anhelaba en su habitación por las noches. Y él la comprendía, la ayudaba, la acompañaba.

Seguramente era el ogro más sexy del planeta Tierra.

Ella sonrió y Kevin, desde las canchas de básquet, la sintió. En la distracción tan romántica y con una sonrisa fantásticamente estúpida, el balón de fútbol le golpeó la cabeza, que, con su enormidad, ni lo movió. La pelota y la felicidad de sus compinches cayeron al suelo. Como un chef consumido por la gula, se deslizó por los pasillos siguiendo el rastro de lo que más amaba.

Sus amigos permanecieron ahí, viendo el fantasma de Kevin, asqueados.

- ¿Siempre fue tan imbécil?
 - No – ríe el otro – antes pasaba el día entero tocándose
- Kevin la miró a los ojos. Frente a frente, la cogió del cuello y la llevó a sus labios. Le masajeó la espalda y acariciándole el pelo, suspiró satisfecho.

Se sonrieron.

Aunque era un sueño, ella siempre había sido fiel de cumplir con sus obligaciones y expectativas. Era una alumna ejemplar en la preparatoria, aún con su candente distracción. Y a pesar de todo, Kevin nunca había dejado de ser el idiota de la clase. Su padre era el rector y la inteligencia venía sobrando en la lista de sus necesidades. Pero ella lo arrastró a clase con ella, ese día era su examen final de español.

La maestra los envidiaba desde lejos. Esa mujer, había vivido buscando el amor y todo lo que tenía era un divorcio y dos gatos. "Y esa zopenca" pensaba ella, "hace el mínimo esfuerzo y se lleva la lotería". Pero la vieja los había observado ya por un tiempo, y sabía que el amor los cegaba a ambos. En vez de separarlos en clase como siempre, decidió sentarlos uno junto al otro. La naturaleza de Kevin no la dejaría terminar su examen y la vieja conseguiría destruir en sus garras la vida perfecta de su estudiante. Y así sucedió. Pero el problema no fue Kevin. Como era de esperarse, Kevin pasó la mitad del tiempo designado besándola y tallando corazones en el banco de ella, quizá algo más censurado y sensual que solo corazones. Cuando se aburrió de estar sentado y le dieron ganas de salir a las canchas, le dio un beso y entregó su examen en blanco. De nuevo, su padre era el rector.

Pero la maestra no estaba en cacería de Kevin, sino de la zopenca que creía merecerlo. La miró voltear las páginas una... a una. Páginas de un examen, que con cada mirada parecían multiplicarse.

Desde su banco, la chica observó confundida. El examen iba sobre una película, que quizá no había visto en la clase, pero definitivamente había visto fuera del sueño. Y por algún motivo, no conseguía recordar esa información. El examen estaba en blanco. Volvió a la primera página y se dispuso a enfrentar las consecuencias de un error desconocido. Trataría por lo menos, de escribir su nombre en la primera línea. Pero su pluma se quedó paralizada. ¿Se había olvidado de hasta su mismo nombre? Salió del susto y emprendió acción. Solo la salvaría un truquillo de magia que estaba segura que funcionaría, después resolvería el resto del problema. Escribió todo lo que pudo sobre el examen sabiendo que estaba todo fuera de sentido. La gente fue saliendo y ella se quedó ahí sola. Finalmente, el tiempo se agotó y la maestra le arrebató el examen de entre sus dedos. Mientras la profesora regurgitaba pequeñas risas bajo su verruga, la chica se concentró en las páginas. Las vio desde su banco y se imaginó el resultado. Segura que funcionaría, la maestra abrió el examen para burlarse y ella aliviada, suspiró. Entonces una sonrisa de oreja a oreja se descubrió en la vieja.

- Vacío. Como lo esperaba – se burló

La maestra se dio la vuelta y ella, todavía en el banco, estaba ahí con su corazón palpitando fuera de su pecho. Había entregado una serie de papeles con escritos sin sentido y su magia, no había funcionado. Ni si quiera en su propio sueño. Un examen sencillísimo del que no había podido recordar ni su nombre. Su promedio se había ido al caño y reprobaría el curso. Salió corriendo del salón de clase y se impuso un solo objetivo: encontrar a Vivaldi.

¿Por qué no tenía control si se sentía en él? Sabía que estaba soñando y tenía que ser un sueño y no una pesadilla, porque andaba con un tipo como Kevin. Todo había ido bien hasta ahora, aunque probablemente se iría todo al drenaje a partir de aquel momento: no tenía mucho tiempo. Después de todo, así son las pesadillas donde en un segundo todo cambia. No quería despertarse, si su sueño había salido de su cabeza, su responsabilidad entera era arreglarlo.

Y todo caía sobre los hombros de Vivaldi. Un brujo que conocía fuera de sueños y que de alguna manera si ella lo contactaba dentro de uno, él escuchaba y le respondía. Ella corrió por los pasillos, se asomó en todas las ventanas y abrió puerta por puerta. No lo encontraba. Pero Kevin, el popular grandulón, seguramente lo conseguiría.

Como lo esperaba, él estaba en las canchas jugando y de nuevo la sintió. Otra vez, el balón le golpeó la cabeza sin moverlo. Ella corrió hacia él y cuando llegó, Kevin le acarició las manos y le tomó la mejilla descubriendo su preocupación.

- ¿Qué tienes?
- Kevin, reprobé el examen. Por mucho

Él la empujó hacia su pecho enorme y la abrazó despreocupado, pero comprendió la inquietud de ella.

- No te apures, preciosa – le dijo – Mi papá lo arregla en un segundo
- No. Tengo que encontrar a Vivaldi. Ya estuve en todos los pasillos y no lo veo. Kevin, si no lo encuentro, todo se va a poner mal

Él no sabía quién era Vivaldi, pero decidido y enorme, la tomó de la mano y empezó a gritar su nombre por los pasillos. En un punto decidieron separarse para cubrir un área mayor. Otra vez, abrió cada puerta y miró detrás de cada ventana, y justo antes de rendirse, ella vio a Vivaldi bajando las escaleras con un grupo de amigos cuestionables. Apenas la vio venir, él se separó de su grupo para hablar con ella en privado.

- No puedo hacer magia – le dijo ella

Vivaldi la miró sarcásticamente.

- Ya sé que estoy en un sueño. Ese no es el punto – continuó – Pero si soy consciente, ¿por qué no puedo moldearlo ni un poco? Ni si quiera recuerdo mi propio nombre

La sonrisa burlona se borró del rostro de Vivaldi. Se percató de que algo no iba bien y la miró de arriba abajo como si estuviera tratando de encontrar el error. Kevin volvía y venía corriendo hacia ellos. El brujo sacó una libreta y una pluma, y empezó a escribir números y más números y más números: 3663378333453... Todo se puso en blanco.

Despertó, y todo era negro.